

DE VITORIA

Perniciosos derroteros

Aquí en Vitoria, cuna del más refinado clericalismo ayer con Monarquía y hoy con eso que hanse acostumbrado a denominarle «República», el espíritu revolucionario de los trabajadores siempre se ha dejado sentir por entre la población jesuita convencional y burguesa. Por eso, todas las autoridades, sin distinción, han empleado todos cuantos medios represivos han tenido a mano para que las ideas libertarias de la C. N. T. no se dejaran aposentar en los cerebros de los trabajadores vitorianos.

Las prisiones, con sus correspondientes procesos y las repetidas deportaciones efectuadas por la República — inventada por aquel tirano y diputado por Vitoria que se decía llamar E. Dato! —, no amilanaron nunca lo más mínimo el espíritu de los revolucionarios. Por eso, cuanto más dura era la represión, más firme también representaba la lucha de los trabajadores. Hubo un Nerón, en miniatura, que constantemente repetía la cantinela de «mientras yo sea gobernador de Álava, no se abrirán los locales de la C. N. T.», mientras yo sea gobernador de Álava, los presos gubernativos no saldrán de la cárcel... Mientras yo sea... Pues bien, como quiera que estas oraciones las había aprendido cuando en San Sebastián había sido estudiante de cuna y cuando a Vitoria se presentó de gobernador republicano, aquí las repetía como una cosa suya, propia y original.

Los señores burgueses y políticos lo creían como un nuevo mesías caído de exprofeso del cielo y por ello aceptaban sin chistar todo cuanto se les ordenaba. Esto hacían los políticos y burgueses, pero no los trabajadores; pues el fracaso más ruidoso le acompañó por todas partes. Los sindicatos autorizó él su reapertura, los presos fueron libertados por su disposición y, en fin, todo cuanto él había repetidamente dispuesto fué rectificado; es decir, que todas aquellas enredadas, propias de taberna, se habían convertido en pompas de jabón.

Hemos sacado a relucir la actuación de aquel gobernadorcillo, porque nos proponemos tratar también la actuación de cierto sector de la C. N. T., porque se da el caso que en Vitoria, por espacio de más de tres años, la actuación y el desenvolvimiento revolucionario ha sido la admiración, por sus gestos y su espontaneidad solidaria, de los camaradas de toda la región Norte. De los movimientos huelguísticos y revolucionarios de carácter nacional, las huestes confederales y libertarias siempre fueron prestas a la lucha, pero no así en el último de diciembre del 33, aunque justo es consignar que se hizo y luchó, pero no en las líneas trazadas con anterioridad. Luego si hubo negligencia o abandono de las misiones encomendadas, ¿a quién o a quienes hay que responsabilizar?

La pluma pugna por mencionar nombres, pero hago lo posible por

silenciarlos. No obstante ya sabemos, quien más quien menos, dónde está la responsabilidad y los efectos desastrosos que han traído a la C. N. T. y a la F. A. I., la actuación de ciertos compañeros desde el movimiento de diciembre hasta estos momentos en que la organización confederal se ha desmenuado en la clandestinidad. Y ahora que podemos tratar nuestras cuestiones sindicales, sociales y revolucionarias en la casa de los trabajadores, planteamos estas cuestiones para que, a ser posible, las rectifiquen quienes deben.

El espíritu y los métodos de lucha que han animado siempre a los obreros enrolados en las filas de la Confederación Nacional del Trabajo, no ha sido otro que el libertario, gracias a la tenaz y persistente propaganda desplegada por los anarquistas tanto en las asambleas y reuniones sindicales como en la tribuna y prensa. Por eso las luchas en el movimiento obrero local siempre los trabajadores lo han preferido limpio y sin mancha alguna política.

Ya decimos que esto ha sido hasta el 8 de diciembre próximo pasado. De entonces a hoy ha llovido mucho y, por ende, compañeros que hasta esa fecha formaron parte de la F. A. I., en el transcurso de estos cinco meses se ha realizado en ellos un cambio tan extremado, que hoy son fervientes adalides del treintismo peñañista. Que cada individuo abraza el ideal (por erróneo o equivocado que esté) que crea por conveniente, es muy libre, pero de ahí a querer imponer a la trágala en la organización confederal de Vitoria las retrógradas teorías treintistas, media un abismo. No se impondrán, no, porque los demás compañeros tampoco admiten esa modalidad.

El primer paso en este sentido ya lo han dado los compañeros del Sindicato de la Metalurgia. En su Asamblea primera de la reapertura del local, uno de los acuerdos que recayó por unanimidad fué el de organizar una serie de conferencias de controversia que versarían sobre «Tácticas y problemas internos de la C. N. T.». Desde luego, el Sindicato del Hierro, al tomar esta determinación, no hace más que seguir el camino trazado por la C. N. T. y el espíritu anárquico de sus militantes. Hace falta que los demás Sindicatos secunden el ejemplo; de lo contrario, los perniciosos derroteros a los que, determinados elementos, nos han querido conducir, habría, irremisiblemente, de traer fatales consecuencias, tanto para el proletariado en general como para el movimiento libertario particularmente. Y para evitar estos males hay necesidad de poner grandes remedios; es decir, que todo compañero que en verdad sienta con amor los principios básicos de la C. N. T., lo primero y único que debe hacer es propagar y luchar porque éstos no se desvíen hacia otros derroteros que, por las intenciones, les llevarían a la política obrerista sindical.

LIBERTO Vitoria.

Problema de responsabilidad

Lo hemos dicho más de una vez; lo volveremos a repetir y seguiremos insistiendo, porque de lo que seamos capaces los anarquistas españoles depende, más que de ningún otro factor en el mundo, el destino humano por una larga sucesión de decenios.

No sólo está en peligro la libertad en todos los países; peligra también la raza humana, sobre todo la raza blanca, amenazada, de un lado, por la aniquilación guerrera, y de otro por la desnutrición, las privaciones, la miseria.

Un sistema entero de la economía — el capitalismo — y de la convivencia social — el Estado —, ha llegado al límite de su razón de ser. Encontráramos en el pasado una cierta justificación del capitalismo; ha enseñado a los hombres a multiplicar la producción y a disminuir el esfuerzo; ha enseñado a elevar el nivel de vida de los pueblos, a multiplicar su confort, su riqueza, su bienestar. El Estado ha librado a las grandes masas productoras de la rapia y de la opresión de los señores feudales; el triunfo de la realeza y del Estado moderno podrían interpretarse como una liberación.

Pero lo que ha podido ser un bien, es hoy la ruina. Con el capitalismo ya veis lo que puede obtenerse: una desocupación creciente, un aumento de las privaciones, un contraste cada día mayor entre la manera cómo vivimos y cómo podríamos vivir. Con el Estado, que absorbe del 35 al 50 por ciento de la renta nacional de los pueblos a causa de su burocracia ilimitada, su militarismo en aumento y su aparato policial fundamental, la vida de los pueblos es imposible.

Hemos llegado al final de un período histórico, y un nuevo rumbo se impone.

En ninguna época han surgido de las clases dominantes las soluciones históricas trascendentales. No pueden salir hoy de la burguesía, como no surgieron en 1789 de la realeza, aun cuando individuos desertores de su clase hayan jugado importantes papeles en las luchas revolucionarias. La solución tiene que venir del proletariado y del campesinado. Si en esas esferas de trabajo útil, de esfuerzo secundario, no hay capacidad, comprensión, inteligencia, espíritu para superar este estado de cosas, la salvación no vendrá y tendremos el fascismo, que es la centralización en el Estado del máximo poder político y económico, y la guerra, que es el desenlace lógico del mundo de contradicciones en que nos encontramos. La humanidad, repetimos, corre el riesgo gravísimo de sucumbir, de destruirse a sí misma por el mal empleo de su inmensa potencia.

No lo decimos con orgullo, sino con infinita tristeza: solamente los anarquistas interpretan hoy una solución popular y promisoría de reconstrucción. Ni comunistas ni socialistas — cristinizados por la idea del parlamentarismo, unos, y por la fascinación del Estado, los otros — dan soluciones que no puedan hacer suyas, y que no hagan suyas, las clases privilegiadas. Esa degeneración del socialismo para uso de ministros y de comisarios, negación de todo espíritu socialista, ha sido y probablemente será en lo sucesivo, el mayor obstáculo a la revolución liberadora.

Los anarquistas estamos solos. Todas las fuerzas que aspiran a la renovación social, a la salvación del presente desastre, lo quieren a través del Estado, y el Estado moderno en sí, incluso sin el capitalismo privado, es ya la ruina, la perpetuación de la tragedia.

Los anarquistas españoles somos por el número una indudable potencia. Si lográsemos serlo también por el sentido de la organización, por la visión de los problemas del momento, por la capacidad, el tacto, la inteligencia para navegar por entre los mil escollos cotidianos, el triunfo de nuestros postulados, que son los postulados básicos de los trabajadores y campesinos españoles, sería seguro.

Hay que detenerse un momento a meditar en la misión que nos incumbe. Somos la única fuerza revolucionaria del pueblo; estamos solos frente a los múltiples partidos y corrientes que aspiran a hacer la felicidad ajena por decretos de gobierno y no por obra y por iniciativa del pueblo mismo. Una vez conscientes de esa responsabilidad nos parecerá un crimen todo pensamiento, todo sentimiento, todo esfuerzo que no esté inspirado por la misión que la historia nos impone. Por eso invitamos, si es preciso, a que cada cual se detenga en la marcha un instante para meditar. Después avanzaremos más rápida y más directamente por el verdadero camino.

Pensad, camaradas y amigos, que de nuestra actitud, de nuestra capacidad, de nuestra inteligencia, de nuestro buen sentido dependen el porvenir de España y el porvenir del mundo. El triunfo del comunismo libertario en nuestra península será el fin del fascismo mundial, será el fin del Estado moderno, será el fin de la explotación y de la dominación del hombre por el hombre, será la iniciación de un nuevo proceso de vida y el alba de una nueva cultura y de una nueva moral. La tierra es grande, la ciencia no conoce límites, la técnica está ahí, inaprovechada. Con todo ello, tenemos derecho a la libertad y a la felicidad, y éstas sólo son posibles por la destrucción del estalinismo y por el libre acuerdo y la solidaridad de los individuos y de las colectividades.

Creemos que el problema de la revolución en España depende ante todo de la conciencia que los anarquistas tengan de la responsabilidad que les corresponde en esta obra. Lo demás se nos dará por añadidura.

Escenas rurales

En un pueblo rural; uno de tantos en España.

En derruida y miserable casaca, de polvorienta calle, una mujeruca, que difase escapada de un cuadro del Greco, con el vientre abultado por próxima maternidad, en el umbral de la puerta, discute acaloradamente con un rapazuelo vivaracho. El rapaz, pide a su madre dinero para comprar un cuaderno que el maestro le indicó.

La mujer, despidiendo al muchacho iracunda, sin ablandarse por los lloros y pataleos de su pequeño; el cuaderno no se compra.

En el mismo pueblo, el cura párroco, precedido de sus monaguillos, recorre casa por casa, prodigando bendiciones y pidiendo limosnas.

El éxito corona sus esfuerzos; y su repeleta alforja engrosa de continuo.

El pueblo es muy católico y... muy miserable; como todo pueblo religioso de España.

El cura orondo y morondo,

con su séquito, olvidóse de mandar su limosna, a la mujeruca que negó antes dinero a su chicuelo, para instruirse. Esta, aperciéndose del olvido, y presurosa corre tras el cura, indignada por no haberse detenido en su casuca.

Lleva en sus manos rica ofrenda, y sustanciosa limosna; huevos frescos y ricas hogazas.

Luminada, besa las manos del cura, y le amonesta por el descuido.

El pater da su bendición condescendiente, y recoge el regalo.

Compara amado lector y compañero las dos escenas descritas. Ellas te ilustrarán adecuadamente, si no lo estuvieras acaso, sobre los destinos de un pueblo español como hay tantos en España desgraciadamente.

¿Comentarios? Se hacen solos.

UN CAMPESINO

Masó, mayo 1934.

Fines sociales de las Escuelas del Trabajo

Lo que son y lo que debieran ser

Examinando detenidamente en qué grado el factor de la Escuelas del Trabajo interviene en la vida social, salta a la vista inmediatamente la enorme influencia que éstas tienen en el desarrollo de la personalidad del obrero. Actualmente, la inmensa mayoría de los jóvenes que acuden a las aulas de los antedichos centros docentes, lo hacen por falta de cultura societaria, por ignorancia, por las mil y una causas que la sociedad actual interpone en su camino, lo hacen, repito, por el mero lucro personal, por la ambición de que, sabiendo, podrán imponerse sobre los demás.

No les induce al estudio el amor a sus semejantes, ni el deseo de ser útil al progreso general, ni nada de lo que constituye un elevado pensamiento humano.

Y siendo así, faltándoles ese sentimiento tan humano del apoyo mutuo y la solidaridad, educados en la escuela en el sentido más egoísta de ambición individual a costa de todo, necesariamente, al acabar sus estudios, en el taller, obra o fábrica, sirven de piedra de choque para sus compañeros de trabajo.

Validos de sus conocimientos, de la gran habilidad que imprimen a sus trabajos, de la técnica de que están en posesión, válidos, en fin, de la teoría empleada conjuntamente con la práctica, sirven a la perfección a los planes del burgués. No para otros fines creó el Gobierno las escuelas profesionales.

Ahora bien: ¿será siempre así?

En la Naturaleza nada es inmutable: todo se transforma en el transcurso de más o menos tiempo. ¿No ha de suceder aquí lo mismo?

Veamos las posibilidades. Decimos siempre y a cada momento que nosotros, los anarquistas, impulsamos el progreso en su marcha ascendente, y en realidad así es, pero lo hacemos muy lentamente, debido a que la mayoría de nosotros no po-

seemos los conocimientos necesarios para tal menester. Tenemos, sí, una gran cultura sociológica, unos grandes sentimientos y una moral de conceptos elevados. Mas ello no basta.

Necesitamos también conocimientos científicos y profesionales; necesitamos conocer nuestro oficio, en práctica y en teoría, para desarrollar en nuestras organizaciones sindicales y específicas una labor concienzuda.

Y aquí está la labor de las Escuelas del Trabajo. Claro está que el estudio requiere una voluntad férrea, pero ¿no han demostrado tenerla todos «aguiluchos»? Además, las Escuelas, para nosotros, tienen otro aspecto. Este aspecto es el de la propaganda. Figúrate que a una Escuela van doscientos, quinientos, mil, el número no importa, de jóvenes sedientos de saber, los unos con fines puramente comerciales, los otros por el gusto de saber y todos con una base cultural lo suficiente amplia para comprender. Ahora pensad si entre ese conglomerado de jóvenes no es el campo más a propósito y más fértil para nuestra propaganda. En la Escuela se crean amistades, relaciones, se ensancha nuestro campo de acción y se da a demostrar que no somos lo que dicen, sino que nos gusta también estudiar, y eso es una propaganda ejemplar, a la vez que nos ponemos en posesión de unos conocimientos técnicos que nos serán muy preciosos el día que llegue la tan deseada liquidación social.

Ya que los técnicos parecen desentenderse, salvo honrosas excepciones, de las inquietudes actuales, miremos nosotros de poder suplantarlos dignamente el día que nos lancemos a la tarea final.

Y he ahí que los fines de las escuelas profesionales habrían cambiado radicalmente. Si antes servían para crear aspirantes a burgués, después servirían para formar «pioneros» de la Revolución.

PROGRESO VIROGA

Por el derecho de asilo, pero no en la cárcel

El caso de varios camaradas italianos

Desde hace una serie de meses se encuentran en la cárcel de Barcelona varios camaradas italianos, entre ellos Nicolo Tomnovich, Bruno Guido, Mario Goriani y Pedro Bruzi.

Se les detiene indefinidamente, en calidad de gubernativos, para la expulsión de España. España, que debería ser el asilo seguro para todos los perseguidos por cuestiones políticas y sociales del mundo, en recuerdo al no lejano período de la Dictadura militar en que tantos españoles hubieron de ambular años y años en el destierro, se ha convertido en perseguidora. No hay derecho de asilo, un derecho sagrado hasta dentro de las concepciones burguesas, o si lo hay es en las cárceles.

El caso de los camaradas italianos es particularmente trágico. La España republicana los expulsa de su territorio, bien hacia Portugal o bien los entrega directamente a Italia. Los que van a Portugal son entregados por el dictador Carmona a Mussolini. En Francia no son admitidos o reciben inmediata orden de expulsión. ¿Hacia dónde dirigirse? ¿Qué actitud asumir? Sin pan, sin trabajo, sin un país que los quiera recibir para integrarse a la vida productiva, al cabo de varios años, esos hombres tienen que sentirse vencidos o abrirse camino por cualquier medio.

Conocemos centenares, millares de casos espantosos de esta especie. La sensibilidad acaba por embotarse ante tanto dolor y tanta tragedia.

Poca esperanza tenemos en nuestra protesta por el trato que se da a los refugiados italianos en la España republicana. Sin embargo, protestamos, aun cuando estemos solos, porque nos sentimos solidarios con todos los perseguidos y con todas las víctimas de la actual sociedad. Protestamos, primero por la prisión indeterminada en que se mantiene a los amigos italianos, y segundo por su entrega directa o indirecta, a través de Portugal, al fascismo.

Prisión Militar, Guadalajara, 18 de junio 1934.

Ya he recibido nuestro bautismo

Por fin me llegó el turno de recibir nuestro bautismo, el bautismo del cual no estamos exentos los anarquistas.

Los hombres libres, idealistas y rebeldes que propugnamos por un mañana más igualitario en el que no falte cubierto para ningún ser humano en el banquete de la vida; donde no exista la explotación del hombre por el hombre; donde todo se base en el libre acuerdo y el apoyo mutuo.

Pero no faltarán ilusos que, desconocedores de la grandeza y magnanimidad de nuestras ideas, se preguntarán: ¿Qué dichoso bautismo es ese? Y yo, orgulloso de haberlo recibido, les contesto: ¡El bautismo de la cárcel! El ser ahogado entre cuatro paredes, sin más abertura que una pequeña ventana toda ella interceptada de barrotes, cual si fuésemos poseedores de la peste más dañina y contagiosa. Este es el homenaje que todo ser idealista y rebelde puede esperar de esta ruina y putrefacta sociedad que padecemos y contra la cual nos rebelamos por no permitirnos nuestra dignidad de hombres libres soportarla más tiempo.

¡Qué goce y satisfacción la mía! La de estar entre rejas por defender los amados principios de nuestras gloriosas C. N. T. y F. A. I.

No os asuste la cárcel, camaradas que aun no habéis pasado por ella.

Pues siendo huésped de ella se os presentará la actual sociedad tal y conforme es, con todas sus lacras y vicios, al desnudo. Ella es nuestra gran «Universidad», la Universidad del proletariado; nunca podremos disponer de las horas que en ella tenemos para dedicarnos a la meditación y al estudio, mientras dure el estado actual de cosas.

¡Camaradas que simpatizáis con la C. N. T. y la F. A. I.! ¡No os asuste la cárcel!

UN MAÑO DE DAROCA

Tierra y Libertad
Drama revolucionario en cuatro actos
por Ricardo Flores Magón
Ediciones TIERRA Y LIBERTAD
64 páginas 40 céntimos

Compañero: TIERRA Y LIBERTAD lee y propaga